

LA VIRGEN DE LA MERCED Y SU TEMPLO.-

LEGADA de los Mercedarios a Cuba. - Fundación del templo de la Merced.-Inconvenientes.- Entrega de la Iglesia a los Paules.-Ceremonia de la inauguración, con la asistencia del Ayuntamiento.-Labor del P. Viladás.-Devoción a la Virgen de la Merced. - Las procesiones de antaño.

Por Eugenio Blanco

POR los años 30 al 37 del siglo XVII, pisaba tierra cubana. procedente de La Española, Fr. Jerónimo de Alfaro, sacerdote de la Real y Militar Orden de la Merced, quien secundado por el Obispo de Cuba en aquella época, también Mercedario, trató de fundar en esta ciudad de San Cristóbal de la Habana un convento.

Con dicho fin adquirió al Sur de la Ciudad, en el llamado barrio Campeche, unos terrenos donde existían algunas ruinas de casas destruidas por un incendio en años anteriores.

A pesar de las diferentes solicitudes hechas por el P. Alfaro, le fué denegado el permiso, ordenándosele a la vez la demolición de lo edificado. Casi un siglo más tarde, en 1728, volvieron los frailes Mercedarios en su santo intento, y Fr. José de Campuzano dirigió a S. M. un memorial con el citado objeto. En el Consejo de Castilla se examinaron las Reales Cédulas anteriores, denegándose una vez más el permiso y ordenándose la demolición de La Merced. Este contra-tiempo, dió nuevos ánimos a los Mercedarios, quienes consiguieron que el Ayuntamiento hiciera una moción en su favor, obteniendo al fin la Real Cédula de Fundación, en 1746.

Salvadas las primeras dificultades, se colocó la primera piedra del actual templo, el día último de enero de 1755, como consta en un tablero, que los Padres Paules conservan en la actualidad como preciada reliquia histórica.

En 1763, debido a la venida de los ingleses a la Habana y las exacciones impuestas al Obispado y comunidades religiosas, se paralizaron las obras, que no pudieron continuarse hasta 10 años más tarde, en que el insigne Prelado Don Santiago José Echevarría, les dió impulso, bendiciéndose nuevamente, aunque no terminadas en 1792. Al suprimirse en 1820 todos los Conventos de la Isla, quedó también suprimido el de La Merced. En 1841 sufrieron los religiosos una nueva secularización, emigrando en su ma-

yoría a América del Sur. Con este motivo la Iglesia permaneció cerrada, y el convento ocupado por la Hacienda hasta 1844 en que se estableció una congregación de sacerdotes regulares y seculares secularizados, sostenidos por la Real Hacienda. El Venerable Claret, gran Obispo de Cuba, pidió a Isabel II enviase a Cuba un grupo de abnegados hijos de San Vicente de Paul, lo que fué concedido por Real Cédula del 26 de noviembre de 1852.

Por causas desconocidas, los Padres Paules no llegaron a esta Isla hasta años más tarde.

La revolución que azotó a México en 1862, atrajo a nuestras playas a un grupo de misioneros Paules, presididos por el P. Jerónimo Viladás, Superior de la Casa-Misión de Puebla de los Angeles, los que se instalaron provisionalmente en la Calzada de San Lázaro, 338. A fines de dicho año, el P. Viladás elevó un oficio al Prelado exponiéndole los deseos de trabajar y recordando la Real Cédula de Isabel II que los autorizaba para establecerse en la Habana y Santiago.

El Obispo de la Diócesis, ordenó en abril de 1863 hacer una investigación en los Conventos de Santo Domingo, San Felipe y La Merced, que se encontraban vacantes desde la exlauración, a fin de que los Misioneros eligieran el más apto para su residencia.

Elegido el Convento de la Merced, se efectuó el 20 de mayo el inventario de bienes y alhajas, entre el Presidente José María Bergas y el P. Viladás, fijándose el 10 de junio para la toma de posesión.

La solemne instalación en la Iglesia y Convento no se celebró hasta el 19 de julio, fiesta de San Vicente de Paul, con la asistencia del Prelado, que ofició de Pontifical. Como los antiguos Mercedarios habían dejado la Iglesia sin terminar, el P. Viladás, desde los primeros momentos, meditaba a todas horas sobre la terminación del templo, pero en vista de los pocos recursos con que contaba, desistía de co-

menzar las obras. El Excmo. Sr. Conde Cañongo, adivinó el pensamiento del ilustre e incansable misionero, y lo animó a trabajar, esperanzado con la ayuda del pueblo. Hechas las solicitudes correspondientes, el señor Capitán General, Vicerreal Patrono Don Domingo Dulce, Marqués de Castellflorit, concedió permiso para las obras, las que comenzaron el propio día 10 de febrero de 1865. Inmediatamente se ofrecieron para contribuir a ellas. Doña María de las Mercedes de Cárdenas y Peñalver, Conde Cañongo, Marqués de Campo Florido, Marqués de Marianao, Marqués de la Real Proclamación, Don Ignacio Montalvo, Don Juan Tomás Herre-

ra, Don José M. Morales, Don Ramón de los Santos, el Ayuntamiento en pleno y centenares más.

Terminadas las obras, fué escogido el día 31 de enero de 1867 a las seis de la tarde, para su bendición e inauguración, habiéndose nombrado padrinos a los miembros del Ayuntamiento.

Minutos antes, la Corporación Municipal salía de la Casa Consistorial en coches precedidos de clarines y maceros, y por la calle O'Reilly se dirigió al nuevo templo donde lo recibió la Comunidad. Seguidamente el M. I. Sr. Arcediano Gobernador de la Diócesis, revestido de Capa Pluvial, procedió a la bendición, mientras que el Gobernador de la plaza descorría la cortina que cubría la Virgen. Fué un instante de gran emoción para los millares de devotos que allí se encontraban congregados. Después se cantó la Salve a toda orquesta.

La Iglesia es de puro estilo grecoromano. En el camarín del altar mayor se encuentra la Virgen de las Mercedes, vestida de blanco con un niño en los brazos: dos esculturas que representan a dos esclavos redimidos, le ofrecen humildes, arrodillados a sus pies, las cadenas de la esclavitud. Apenas apagado el eco de las fiestas inaugurativas, comenzó la labor de restaurar el templo en su exterior: trasladar las campanas, construir altares, la gruta de Lourdes y otras mil mejoras que hoy se admiran, y que se deben todas al espíritu incansable del P. Viladás. En plena tarea de sus actividades, una enfermedad traidora asaltó al P. Viladás.

Encontrábase dando ejercicios a las Hijas de la Caridad, en Santiago de Cuba, cuando le dió un ataque cerebral, regresando acto seguido a la Habana, donde los médicos le recomendaron abandonar el país, trasladándose a México, donde

pasó cuatro meses. A mediados del mes de agosto, le dijo al hermano que lo acompañaba: "Volvamos a la Habana para honrar a la Señora" (así llamaba a la Virgen de las Mercedes). Cuando llegó a esta Capital, su estado era sumamente grave. Dos días después, el 23 de agosto de 1883 entregó su alma al Creador, en su querido convento de la Merced, rodeado de sus compañeros de Congregación, a los que exhortó a que continuaran su obra.

Apenas difundida la noticia de su muerte, una procesión de millares

de fieles desfiló por ante sus preciados restos. Al sepelio asistieron el Capitán General, condes, marqueses, prelados y pobres obreros, entre los cuales tanto había practicado la caridad. Todos decían: "Ha muerto un santo"... Se trató de obtener licencia para enterrarlo en su querida Iglesia de la Merced, pero las autoridades denegaron el permiso. El eminente abogado Dr. Francisco Penichet, buen amigo de los Paules, conocedor de los deseos del P. Viladás, no escatimó sacrificios para obtener las licencias necesarias, y desde el dos de junio de 1913, reposan en la Capilla de Lourdes de dicho templo.

Sesenta años van a cumplirse de que los Misioneros Paules se hicieron cargo del templo, y a través de ese lapso de tiempo, ha mejorado grandemente el templo, tanto en su exterior como en el interior.

Bien puede decirse que los PP. Santoja, Guell, Gómez, Alvarez, Izurriaga y López, han sabido continuar la obra del P. Viladás.

En la actualidad, se encuentra al frente del mismo el P. Antonio López Aguirre, joven, valeroso y entusiasta sacerdote que, en unión del Prefecto P. León Barrio y el resto de la Comunidad, han levantado grandemente el culto.

Desde la época gloriosa de los Padres Mercedarios, el culto a la Virgen de la Merced ha sido popularísimo; ellos trabajaron heroicamente por esta devoción, y han conseguido que a través de los siglos, año tras año, las tradicionales fiestas sean cada vez más nutridas y con mayor esplendor.

¿Quién no recuerda las famosas procesiones de la Virgen de la Merced que recorrían nuestras calles de la Habana vieja, siendo llevada la "gran Señora" en valiosa carroza donada por condes, marqueses y lo más rancio de la nobleza cubana?

Aun en nuestros días, esta devoción es una de las más populares y arraigadas en el pueblo cubano. Por estos días del mes de septiembre en que se celebran sus fiestas anuales, llegan desde los más apartados rincones de la República millares de peregrinos a rendirle honores y ofrecerle sus plegarias.

Cuando estas líneas vean la luz estarán verificándose dicho acontecimiento religioso.

Caribe
Oct 2/32



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA